



Del diario de un Profesor . . .



Eso, ¡ay!, no nos lo enseñaron.

Antonio Bartolomé

Catedrático de la Universidad de Barcelona

En aquel programa de televisión, el presentador se indignó. El Público se indignó. Los espectadores asistían indignados. Hasta mi ministra de Educación mostró su indignación. Y yo, a fin de cuentas sólo un maestro, asistía asombrado al espectáculo. ¿Cuál era la causa de semejante revuelo? Un niño, al ser preguntado, no supo que el río Sena pasa por París.

“Los niños de hoy son unos ignorantes”. “Los maestros no enseñan nada”. “Los programas oficiales son insuficientes”... Sólo faltaba acusar a la madre de ese niño, pues al final parece que la culpa la tienen siempre las madres. ¿La culpa de qué? ¿La culpa de que ese niño podía situar en el mapa un país asiático que sus padres no podía? ¿La culpa de que ese niño podía comunicarse con otros niños en todo el mundo, y superaba en habilidades comunicativas al 50%, 70% o quizás el 80% de los adultos de hoy?



¿La culpa de que ese niño era capaz de tomar decisiones como no eran capaces de hacer a su edad ni el presentador ni la ministra?

Ni eso. Porque yo recuerdo perfectamente que a la edad de ese niño, 12 años, ni sabía el río que pasaba por París ni me interesaba. Supongo que sí, que en algún examen sería capaz de escribirlo: me lo habría memorizado, sujetado con alfileres a mi memoria, durante las horas previas, durante las noches anteriores. Luego, pasado el examen, quizás ni 24 horas después, se había desvanecido. Y sí, siendo el “empollón” del curso entre mis compañeros, apenas sería un inocente ignorante comparado con los niños de hoy.

Pero así es la memoria: los humanos siempre pensamos que en nuestros tiempos las cosas iban mejor. Como dice sarcásticamente mi suegro: “pa” jóvenes los de antes y “pa” viejos los de ahora. Y ¿qué problema tenía la educación que nos daban? Muchos.

Nos enseñaban a repetir nombres y fechas, cuando hoy la información es tanta que sólo con ordenadores podemos gestionarla. Y hoy asistimos inquietos a un cambio continuo: nuevos descubrimientos y el avance de la ciencia dejan obsoletos nuestros conocimientos sobre la evolución humana, sobre la composición de la materia, sobre las leyes de la naturaleza... Deberíamos poder comprender que la Ciencia es algo dinámico que avanza tratando de explicar o transformar la realidad. Pero eso, ¡ay!, no nos lo enseñaron.

Nos enseñaban a fiarnos de la palabra del profesor, y por eso nos perdemos cuando ahora tenemos que tomar nuestras propias decisiones ante una información en Internet. Cuando nos quejamos de la "basura cognitiva" de Internet, ¿cuál es el problema? Lo único que nos haría falta sería ser críticos y aplicar criterios de calidad. Pero eso, ¡ay!, no nos lo enseñaron.



Nos educaron a respetar nuestra bandera, nuestro himno, nuestras instituciones, nuestra cultura,... Y hoy miramos nerviosos a nuestro compañero de asiento de otra raza, pensamos que todos los que llevan un turbante en la cabeza son presuntos terroristas, recibimos con suspicacia al inmigrante, o somos emigrantes desafectos al país que nos acoge. Querría seguir viviendo en nuestro pueblito, como me fue, como debería haber seguido siendo. Pero seríamos más felices si comprendiéramos la riqueza de una humanidad diversa, con diferentes lenguas, culturas, hábitos culinarios o costumbres domésticas. Pero eso, ¡ay!, no nos lo enseñaron.

Durante miles de años, la información acumulada por la humanidad creció a un ritmo lento, casi imperceptible. De aquella época todavía nos quedan vestigios en algunas comunidades donde la palabra del anciano se respeta como criterio último. Se trata de una situación en

la que el incremento de información en el espacio de dos generaciones era tan lento que el conocimiento acumulado por la persona de edad era válido para resolver los problemas de la comunidad; la sabiduría residía en los ancianos de la tribu. Y ahora cualquier joven puede saber más que el anciano. Y éste, viejo, es arrinconado. Pero ese anciano nos puede ayudar, no por saber más, sino porque su experiencia le ha proporcionado esa sabiduría sobre las personas y las cosas que sólo el espíritu abierto, crítico y reflexivo, y el tiempo proporcionan. Pero eso, ¡ay!, no nos lo enseñaron.

Y como maestros seguimos obcecados en tratar de enseñar a nuestros alumnos los contenidos recogidos en los libros de texto. Y en vez de eso, podríamos descubrir con ellos el mundo a través de la red, contactar con otros alumnos y alumnas, con otros maestros y maestras, compartir lo que pensamos, desarrollar nuestra capacidad para buscar información, para valorarla críticamente, para discutirla, para relacionarla con otros datos, para generar nueva información, para aplicarla a situaciones reales, a nuestras situaciones reales. Pero eso, ¡ay!, no nos lo enseñaron.

Así, hoy nosotros, como aquel presentador, como aquellos espectadores, como mi ministra de educación, miramos horrorizados un mundo que no entendemos, en vez de sonreír ante un mundo nuevo, diferente al nuestro, pero el que nuestros alumnos construyen. Pero eso, ¡ay!, eso nunca nos lo enseñaron.

Nota del Autor:

La anécdota recogida al principio es real y sucedió hace pocos años en España. Pero podría pasar en cualquier país.

abartolome@ub.edu